

Vidas de hombres ilustres

Aun nivel inferior al de la historia erudita que hace descu-
brimientos, han existido siempre obras que deben atraer
al punto la curiosidad del público que olvida o ve pasado de
moda lo que ha aprendido en el colegio. Además, la enseñanza
de los colegios deja siempre el mayor lugar a la historia na-
cional, y el público de hoy tiene más extendida la curiosidad
por lo que sucede y ha sucedido en el extranjero. Sin duda
existen ciertas obras de vulgarización, análogas a los libros es-
colares. Pero esta especie de libros, muy floreciente en Alema-
nia, lo es mucho menos en Francia, en donde se quiere a la
vez documentos más completos y una presentación hecha con
más vida. En Francia, por ejemplo, las *Vidas de hombres ilustres*
de Plutarco han sido siempre la fuente de historia griega con-
sultada más directamente. Ese gusto se ha afirmado de nuevo
después de la guerra, en las colecciones llamadas «*Vidas de*
Hombres Ilustres».

La primera de este género fué la *Vida de Shelley*, por An-
dré Maurois: su éxito indicó el gusto del público; los autores
comprendieron inmediatamente cuán cómodo podía ser esa clase
de novela, de tema casi siempre interesante, de documentación
rica y variada, y cuya autenticidad garantiza la historia. Desde
entonces Maurois ha dado su *Vida de Disraeli* que, traducida
y tan apreciada en Inglaterra como en Francia, es por lo de-
más muy rigurosamente histórica y ha vuelto a enseñar a los
franceses la historia inglesa del siglo XIX.

Desde la época de Ariel, se han fundado dos colecciones;
una, la de «*Vidas de hombres Ilustres*», es dedicada más bien

al público letrado; otra, llamada con mayor fantasía «La novela de las grandes existencias» y en la cual el título debe comprender un adjetivo—Vida perezosa de Rivarol.—es destinada a un público vasto y lilerariamente menos exigente.

La selección de los temas muestra cuáles son por ahora las aficiones históricas del público. Cuando el tema remonta a más de un siglo, se interesa únicamente en figuras intelectuales o pintorescas; y, por lo tanto, para esta época se dan casi solamente vidas de escritores. La *Vida de Montaigne* que he redactado es sin duda la que remonta a la época más alejada de nosotros. Actualmente mi gran amigo François Mauriac prepara una *Vida de Jean Racine*; mi querido amigo Ramón Fernández va a dar próximamente una *Vida de Molière*.

Esas tentativas participan de la historia, de la novela y de la crítica. La *Vida de Molière*, por ejemplo, no presenta ningún acontecimiento importante. La de Racine tampoco. Lo que deben, pues, hacer los escritores, es tratar de presentar un retrato psicológico apoyado en lo posible en los documentos históricos, pero pueden ser mucho más atrevidos que en un estudio crítico corriente. Es a la vez un punto de vista particular, y una tentativa de rejuvenecimiento de cierto espíritu, lo que nos presenta ese género de *Vidas*. Pero las dificultades de detalle son muy numerosas. Para hablar por experiencia personal, lo que presentaba gran dificultad en la *Vida de Montaigne* es que él ha hablado admirable y largamente de sí mismo. ¿Qué se puede decir que él mismo no haya dicho? Trazar un retrato intelectual de la época en que vivió, que Montaigne no había podido ver con claridad, ya que él estaba hundido en ella; utilizar mucho su correspondencia, o algunas obras suyas muy poco conocidas; entre las obras conocidas de Montaigne, citar sólo los fragmentos aun no bastantes célebres. Pero cuando es preciso elegir entre varias hipótesis, el defecto de esas vidas tratadas como novelas, se manifiesta: hay que elegir sin dar los motivos de la elección. Atacado por el ilustre crítico Thibaudet, que prefería sobre ciertos puntos otras hipótesis que las mías, pude probarle, en un debate crítico, lo bien fundadas que estaban

mis suposiciones; pero es claro que si yo hubiera podido indicar en mis libros los documentos que me llevaban hacia dichas suposiciones, no se me hubiera podido atacar.

Si este estilo es entretenido, lleno de vida y seguro de tener éxito, se ve que se libra difícilmente del reproche de frivolidad.

Paul Hazard, el gran erudito francés muy conocido en Chile, es ciertamente el hombre más versado en todos los detalles de la vida intelectual de Stendhal, cuya biografía acaba de escribir. Su *Vie de Stendhal* (ed. N. R. F.) es en todas sus partes justa, nutrida, viva, y nadie hubiera podido escribirla mejor, pero la vida intelectual de Stendhal es más compleja que lo que hubiera podido comprender el público. Pues, el autor ha debido a veces simplificar o abreviar. Eso está muy bien para el gran público; es difícil que los letrados no sientan carecer del libro algo más completo que puede dar Paul Hazard.

Por lo contrario, ese género literario favorece algo como imposturas históricas. René Benjamin, por ejemplo, infinitamente menos erudito que Paul Hazard, ha dado su *Vida de Honoré de Balzac* únicamente en tres volúmenes: la *Correspondencia* de Balzac, precedida por el relato de su vida hecho por su hermana; *Les cannes de Monsieur de Balzac*, par Delphine de Girardin, y *Balzac en pantoufles* de León Gozlan. Se ha contentado con citar o desarrollar esos tres libros. Cada cual conoce el título de esos libros, pero como no se encuentran en el comercio y se pueden conseguir sólo a altos precios, el libro de Benjamin ha tenido mayor éxito que el de Paul Hazard. Igualmente, el libro de Beraud sobre Robespierre ha sido hecho a base de tres o cuatro manuales elementales. El excelente historiador Mathiez, de quien Beraud ha tratado de conseguir la aprobación, ha rehusado aprobar, sin embargo, su libro.

Los temas más acertados parecen ser los de políticos o escritores que poseen, además de sus actos o de sus obras, una vida personal interesante. Así, la *Vida de Hoffmann*, por Jean Mistler, es entretenida como una novela, porque la literatura sólo ha ocupado algunos años de la vida de Hoffmann; la vida de Rivarol, ya escrita una vez por Latzarus, podrá serlo una segunda vez,

mejor aún, por Eugène Marsan, porque la biografía es el cuadro natural para la presentación de las finas y picantes salidas de ese escritor que más ha hablado que escrito.

¿Cuál será el porvenir de este género literario? ¿Acaso debemos pensar que todos los hombres célebres tendrán un día u otro su biografía hecha por un escritor en boga? Sería peligroso si se debiera impedir a los escritores producir obras personales y alejar al público de la historia seria. En momentos en que la historia tienta en Francia un gran esfuerzo para renovar su material de documentación, bien necesita que la atención del público se dirija hacia ella con vigor. Para citar un ejemplo particularmente conocido por los americanos, la *Vida de Cristóbal Colón* por Marius André (que acaba de morir) es una serie de polémicas muy interesantes sobre la cuestión, pero sería peligroso que fuese el único libro conocido por el público, y que sea así reconocido como autoridad. Por suerte, esas biografías traen la publicación de ciertos documentos, cuando esos documentos originales pueden parecerse a una biografía. De esta manera el público francés tiene ahora a su disposición las correspondencias de Miguel Ángel y de Rubens, convendría que esas colecciones lleguen a ser un encaminamiento hacia la publicación y vulgarización de documentos históricos. El éxito conseguido por los arqueólogos de la prehistoria, por ejemplo, debería ser buen ejemplo para los historiadores.

JEAN PREVOST.